



fundación

Ramón y Katia Acín

Ramón Acín *toma la palabra* 62. ap051 *Florelicas*

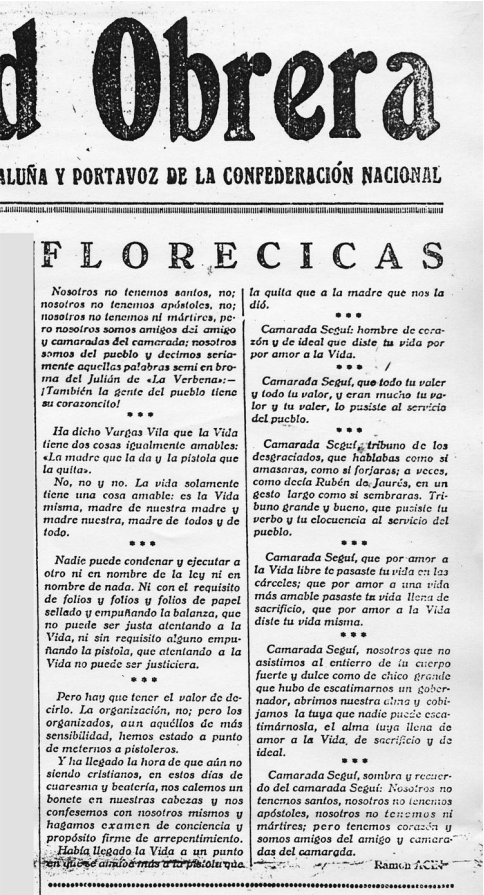


“Espigas Rojas”, “Claveles”, “Floreal”, “Florelicas” ahora, versiones para un encabezamiento, todas ellas referidas a la Naturaleza, a la primavera, al renacer de un ‘hombre nuevo’. Con el último de los titulares, contamos a partir de este texto con la serie más continuada en un breve intervalo de tiempo de artículos de Acín (de este marzo a septiembre de 1923, golpe de estado de Primo de Rivera). Le da cabida el periódico Solidaridad Obrera de Barcelona, “Órgano de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y portavoz de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y portavoz de la Confederación Nacional”, sin duda la publicación más importante del anarquismo español. La participación de Acín coincide con el retorno de la edición desde Valencia a Barcelona y con la dirección de la misma a cargo de su amigo Hermoso Plaja. El día 12 de marzo, en el marco de la huelga general que había tenido lugar en Huesca, participó en un mitin en la ciudad para protestar contra el asesinato dos días antes de Salvador Seguí. Aire de mitin tienen estas líneas.

Floreccicas

23 de marzo de 1923, *Solidaridad Obrera*, Barcelona. (Id. web: ap051).

“Espigas Rojas”, “Claveles”, “Floreal”, “Floreccicas” ahora, versiones para un encabezamiento, todas ellas referidas a la Naturaleza, a la primavera, al renacer de un ‘hombre nuevo’. Con el último de los titulares, contamos a partir de este texto con la serie más continuada en un breve intervalo de tiempo de artículos de Acín (de este marzo a septiembre de 1923, golpe de estado de Primo de Rivera). Le da cabida el periódico *Solidaridad Obrera* de Barcelona, “Órgano de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y portavoz de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y portavoz de la Confederación Nacional”, sin duda la publicación más importante del anarquismo español. La participación de Acín coincide con el retorno de la edición desde Valencia a Barcelona y con la dirección de la misma a cargo de su amigo Hermoso Plaja. El día 12 de marzo, en el marco de la huelga general que había tenido lugar en Huesca, participó en un mitin en la ciudad para protestar contra el asesinato dos días antes de Salvador Seguí. Aire de mitin tienen estas líneas.



Nosotros no tenemos santos, no; nosotros no tenemos apóstoles, no; nosotros no tenemos ni mártires, pero nosotros somos amigos del amigo y camaradas del camarada; nosotros somos del pueblo y decimos seriamente aquellas palabras semi en broma del Julián de “La Verbena”: ¡También la gente del pueblo tiene su corazoncito!¹

*

Ha dicho Vargas Vila que la Vida tiene dos cosas igualmente amables: “La madre que la da y la pistola que la quita”.

No, no y no. La vida solamente tiene una cosa amable, es la Vida misma, madre de nuestra madre y madre nuestra, madre de todos y de todo.

*

Nadie puede condenar ni ejecutar a otro, ni en nombre de la ley ni en nombre de nada. Ni con el requisito de folios y folios de papel sellado y empuñando la balanza, que no puede ser justa atentando a la Vida, ni sin requisito alguno empuñando la pistola, que atentando a la Vida no puede ser justiciera.

*

Pero hay que tener el valor de decirlo. La organización, no; pero los organizados, aun aquéllos de más sensibilidad, hemos estado a punto de meternos a pistoleros.

*

Y ha llegado la hora de que aun no siendo cristianos, en estos días de cuaresma y beatería, nos calemos un bonete en nuestras cabezas y nos confesemos con nosotros mismos y hagamos examen de conciencia y propósito de firme arrepentimiento.

*

Había llegado la Vida a un punto en que se amaba más a la pistola que la quita que a la madre que nos la dio.



*

Camarada Seguí: hombre de corazón y de ideal que diste tu vida por amor a la Vida.

*

Camarada Seguí, que todo tu valer y todo tu valor, y eran mucho tu valer y tu valor, lo pusiste al servicio del pueblo.

*

Camarada Seguí, tribuno de los desgraciados, que hablabas como si amasaras, como si forjaras; a veces como decía Rubén de Jaurès, en un gesto largo como si sembraras. Tribuno grande y bueno que pusiste tu verbo y tu elocuencia al servicio del pueblo.

*

Camarada Seguí, que por amor a la Vida libre, te pasaste tu vida en las cárceles; que por amor a una vida más amable, pasaste tu vida llena de sacrificio y que por amor a la Vida diste tu vida misma.

*

Camarada Seguí, nosotros, que no asistimos al entierro de tu cuerpo fuerte y dulce como de chico grande que hubo de escatimarnos un gobernador, abrimos nuestra alma y cobijamos la tuya que nadie puede escatimárnosla, el alma tuya llena de amor a la Vida, de sacrificio y de ideal.

*

Camarada Seguí, sombra y recuerdo del camarada Seguí, nosotros no tenemos santos, nosotros no tenemos apóstoles, nosotros no tenemos ni mártires; pero tenemos corazón y somos amigos del amigo y camaradas del camarada.

1 La *Verbena de la Paloma* es un sainete lírico estrenado en 1894, con música de Tomás Bretón, y que se hizo muy popular. En uno de los pasajes, canta Julián: “También la gente del pueblo/tiene su corazoncito/y lágrimas en los ojos /y celos mal reprimidos”. □



Salvador Seguí y Rubinat RAH

Seguí i Rubinat, Salvador. *Noi del sucre.* Lérida, 23.IX.1887 – Barcelona, 10.III.1923, con 35 años. Militante y dirigente obrero de la Confederación Nacional del Trabajo, (CNT). Anarquista. Articulista. Orador. Político. Sindicalista

Era hijo único de un matrimonio de trabajadores asalariados que se asentaron en 1888 o 1889 en Barcelona, donde el padre continuó su oficio de panadero, que Salvador comenzó a ejercer también desde los diez años. Poco después, pasó a ser pintor de brocha gorda, cambiando de maestro frecuentemente por desavenencias con ellos. En los talleres donde trabajó llegaron a sus manos escritos de tendencia anarquista. A los doce años tomó la palabra públicamente en la sociedad de pintores a la cual se había afiliado y a los catorce o quince intervenía ya en los mítines sindicales. Según su biógrafo Manuel Cruells, Seguí completó su formación autodidacta en el modesto gabinete de lectura de su sociedad de oficio, en la Biblioteca Arús creada en marzo de 1895, en la Universidad y en el Ateneu Enciclopèdic Popular, fundado en 1902. También solía participar en discusiones en la taberna donde se reunía un grupo informal de muchachos y en las tertulias del Café Español, debatiendo sobre los pensadores revolucionarios, discursando dialécticamente y adquiriendo así las dotes oratorias tantas veces lucidas posteriormente en las asambleas obreras. Participó, asimismo, en las actividades del Centro de Estudios Sociales, nombre que los ácratas daban a las asociaciones culturales obreras que iban creando por doquier. El carácter ecléctico de estas lecturas y conversaciones explican, que su ideología, como la de otros muchos militantes, no fuera excesivamente dogmática, sino más bien pragmática y “posibilista”, lo que le reprocharon a veces los anarquistas más doctrinarios.



Pronto se dio a conocer con el apodo de *Noi del sucre*, sobre cuyo origen existen distintas versiones. Lo que sí es cierto es que él lo asumió desde muy joven y lo utilizó como seudónimo frecuente para firmar artículos.

Pronto empezó Seguí a aparecer donde había conflictividad social (siendo detenido unas horas con ocasión de la intentona de huelga de los metalúrgicos de 1902), participando en mítines y escribiendo en la prensa obrera. Era aquella una época en la cual se estaba reorganizando el movimiento sindical libertario tanto barcelonés como nacional, tras el eclipse de la década iniciada por los sucesos de Jerez de la Frontera (1892) y marcada por el anarco-terrorismo.



Seguí formó parte de la nueva generación de militantes que se dedicó a construir una organización sindical potente y reivindicativa capaz de enfrentarse con la patronal, antes que imitar la violencia individualista y el utopismo intransigente. Por eso se opuso a figuras como José Negre, primer secretario general de una CNT condenada, tras su ilegalización por el gobierno, a entrar inmediatamente en la clandestinidad (1910- 1914). Seguí, cuya actividad durante estos casi cinco años se desconoce, fue nombrado, en enero de 1915, presidente de la Federación del importante ramo de la construcción de Barcelona, coordinó la breve y exitosa huelga de este sindicato en agosto y recorrió Cataluña para organizar a los trabajadores. Simultáneamente ocupó el cargo de secretario del Ateneu Sindicalista barcelonés, donde se formaba a los dirigentes anarcosindicalistas.

La celebración de un Congreso internacional de la Paz (Ferrol, mayo de 1915) tuvo como logro esencial la reorganización de la CNT (quince mil afiliados), en una fase de auge de la rival Unión General de Trabajadores (UGT), que contaba por entonces con cien mil afiliados. Seguí se mostró entonces partidario (con Lacort y Pestaña) de llegar a un pacto de unidad de acción con el sindicato socialista, firmado en julio de 1916, encabezando la campaña preparatoria de una huelga general de veinticuatro horas contra la carestía de la vida. Ésta se produjo efectivamente el 18 de diciembre, pero tuvo resultados concretos nulos a pesar de una multitudinaria y pacífica movilización de los huelguistas. Los diputados se negaron a aprobar una ley que hubiera gravado los inmensos beneficios acumulados por la industria gracias a la Guerra Mundial.

Seguí abogó por la huelga general de agosto de 1917, pero tanto los contactos preparatorios con la UGT como el doloroso fracaso, le valieron censuras de parte de los anarquistas reacios a una alianza con socialistas y republicanos para cambiar el régimen. Sin embargo, la derrota convenció a numerosos trabajadores de la necesidad de consolidar la CNT, cuyo congreso de 1918 adoptó el sindicato único de ramo, considerado como arma más eficaz del combate contra la patronal industrial.

En el mitin de clausura Seguí declaró: “La trascendencia del Congreso radica en que nos da la posibilidad de llevar a nuestras organizaciones el máximo de su potencia. [...] Cuando termine la guerra, cuando las cuestiones se resuelvan más bien por los dictados de la pasión que por los consejos de cerebro, si no representamos una fuerza inmensa, si no somos una agrupación potentísima por nuestra cohesión y por nuestra capacidad, seremos juguetes de la burguesía”.

Al año siguiente se reanudó en efecto la conflictividad.

Como miembro del comité de la Regional Catalana, tuvo un papel decisivo en la huelga que afectó a la Compañía de Fuerza e Irrigación del Ebro (popularmente conocida como “La Canadiense”), que abastecía de electricidad a hogares y fábricas de la Ciudad Condal. Mes y medio duró la primera etapa de aquella prueba de fuerza de todo el proletariado barcelonés organizado contra la patronal, estando en juego la supervivencia y la credibilidad del anarcosindicalismo.

Seguí formó parte de la nueva generación de militantes que se dedicó a construir una organización sindical potente y reivindicativa capaz de enfrentarse con la patronal, antes que imitar la violencia individualista y el utopismo intransigente. Por eso se opuso a figuras como José Negre, primer secretario general de una CNT condenada, tras su ilegalización por el gobierno, a entrar inmediatamente en la clandestinidad (1910- 1914). Seguí, cuya actividad durante estos casi cinco años se desconoce, fue nombrado, en enero de 1915, presidente de la Federación del importante ramo de la construcción de Barcelona, coordinó la breve y exitosa huelga de este sindicato en agosto y recorrió Cataluña para organizar a los trabajadores. Simultáneamente ocupó el cargo de secretario del Ateneu Sindicalista barcelonés, donde se formaba a los dirigentes anarcosindicalistas.



La celebración de un Congreso internacional de la Paz (Ferrol, mayo de 1915) tuvo como logro esencial la reorganización de la CNT (quince mil afiliados), en una fase de auge de la rival Unión General de Trabajadores (UGT), que contaba por entonces con cien mil afiliados. Seguí se mostró entonces partidario (con Lacort y Pestaña) de llegar a un pacto de unidad de acción con el sindicato socialista, firmado en julio de 1916, encabezando la campaña preparatoria de una huelga general de veinticuatro horas contra la carestía de la vida. Ésta se produjo efectivamente el 18 de diciembre, pero tuvo resultados concretos nulos a pesar de una multitudinaria y pacífica movilización de los huelguistas. Los diputados se negaron a aprobar una ley que hubiera gravado los inmensos beneficios acumulados por la industria gracias a la Guerra Mundial.

Seguí abogó por la huelga general de agosto de 1917, pero tanto los contactos preparatorios con la UGT como el doloroso fracaso, le valieron censuras de parte de los anarquistas reacios a una alianza con socialistas y republicanos para cambiar el régimen. Sin embargo, la derrota convenció a numerosos trabajadores de la necesidad de consolidar la CNT, cuyo congreso de 1918 adoptó el sindicato único de ramo, considerado como arma más eficaz del combate contra la patronal industrial.

En el mitin de clausura Seguí declaró: “La trascendencia del Congreso radica en que nos da la posibilidad de llevar a nuestras organizaciones el máximo de su potencia. [...] Cuando termine la guerra, cuando las cuestiones se resuelvan más bien por los dictados de la pasión que por los consejos de cerebro, si no representamos una fuerza inmensa, si no somos una agrupación potentísima por nuestra cohesión y por nuestra capacidad, seremos juguetes de la burguesía”.

Al año siguiente se reanudó en efecto la conflictividad.

Como miembro del comité de la Regional Catalana, tuvo un papel decisivo en la huelga que afectó a la Compañía de Fuerza e Irrigación del Ebro (popularmente conocida como “La Canadiense”), que abastecía de electricidad a hogares y fábricas de la Ciudad Condal. Mes y medio duró la primera etapa de aquella prueba de fuerza de todo el proletariado barcelonés organizado contra la patronal, estando en juego la supervivencia y la credibilidad del anarcosindicalismo.

Seguí recomendó y consiguió la vuelta al trabajo tras el casi total triunfo de los huelguistas, pero el extremismo de los elementos más radicales de la CNT provocó la reanudación del conflicto y todo se echó a perder, cuando se declaró el estado de guerra y se clausuraron los sindicatos. Unos sectores de la patronal se radicalizaron y despidieron, a modo de castigo, un sinnúmero de trabajadores. Seguí se mantenía partidario de que los sindicatos se capacitasen para poder “asegurar la producción y distribución de los productos en la sociedad futura”, como lo había escrito en 1916. El fracaso del movimiento espartaquista en Alemania y el rumbo tomado por la revolución bolchevique en Rusia le confirmaron que era prematuro cualquier movimiento insurreccional en España. Y para ampliar la base confederal y sondear a los socialistas, se trasladó a Madrid con Pestaña, reiterando estas convicciones sobre el particular en la Casa del Pueblo, en la prensa y en el congreso confederal de Madrid (diciembre de 1919). En ese comicio, Seguí declaró que a causa de “una manifiesta incapacidad, una falta de preparación para la práctica del hecho o de la validación del sentido socialista en la producción”, se había instaurado “una tiranía en Rusia”, llegando sin embargo a concluir: “Somos partidarios, no en teoría porque somos contrarios, pero por necesidad de la realidad, somos partidarios de entrar en la Tercera Internacional, [...] porque eso avalará nuestra conducta en la llamada que la Confederación Nacional de Trabajo en España hará a las organizaciones sindicales del mundo para constituir la verdadera, la única, la genuina Internacional de los trabajadores”.



El apartamiento de los anarquistas de las agrupaciones profesionales es un suicidio. Todo debe y puede hacerse en los Sindicatos” (diciembre, 1920).

Tras este exilio insular, Seguí fue a Madrid para mantener conversaciones con varias personalidades políticas, dando su apoyo a un proyecto de gobierno liberal susceptible de normalizar la situación sindical, siendo de nuevo censurado por los grupos anarquistas más radicales.

En junio de 1922 una conferencia nacional cenetista zanjó la cuestión de la adhesión a la Internacional Comunista tras haber oído, entre otros, el informe de Pestaña sobre su viaje a Moscú. De hecho, la CNT se retiró de la Internacional Comunista, adhiriéndose a la nueva y frágil Internacional Anarcosindicalista (AIT) fundada en Berlín en julio. Seguí aprobó estas decisiones y, con tres compañeros, propuso además que la conferencia afirmara la vocación “total y absolutamente política” de la CNT, suscitando nuevos ataques de parte de los grupos de acción anarquistas, aun cuando esto no significaba un giro hacia la participación en las elecciones, sino que los cenetistas debían “aportar soluciones [...] a todos y en todos los problemas morales, culturales, económicos, políticos y sociales” del país.

Pero la crisis final del régimen de la Restauración se iba acelerando y los militares no estaban dispuestos a tolerar ni el debate sobre las responsabilidades del desastre de Anual, ni el recrudecimiento de los atentados. En este contexto se produjo el asesinato de Salvador Seguí y su compañero Pedro Romas, probablemente como represalia a recientes asesinatos de miembros de los Sindicatos Libres. Desaparecía un dirigente que había encarnado la voluntad unitaria de un anarcosindicalismo de negociación sin perder de vista el objetivo revolucionario a largo plazo. En septiembre de 1923, se editó una novelita social suya, *Escuela de rebeldía: (historia de una sindicalista)*, que, “utilizando algunos elementos autobiográficos responde alguna con variante menor —comenta J. Rafael Macau—, al esquema de ‘novela-iniciación a la vida’, de un joven sindicalista que acaba asesinado por los pistoleros de la patronal presumiblemente” (Macau, 1978: 27-60). Desde 1986 lleva su nombre una fundación de estudios libertarios, con sede en Madrid y centros en Barcelona, Valencia y Cádiz. □



Salvador Seguí en Madrid negociando la huelga general de 1917



Crónica de la muerte anunciada de Salvador Seguí



El anarcosindicalista Salvador Seguí

La editorial *Periférica* recupera 'Escuela de rebeldía'¹, en la que el autor narró la muerte de un anarcosindicalista a pocos metros de donde él mismo acabó siendo tiroteado

Albert Lladó. *La Vanguardia*, Barcelona 10 octubre 2012

El anarcosindicalista **Salvador Seguí**, conocido como *El noi del sucre*, no pudo ver publicada su novela (ahora recuperada por *Periférica*) *Escuela de rebeldía*¹. Veinte días antes de que llegara a las librerías, el 10 de marzo de 1923, pistoleros del Sindicato Libre, financiado por la patronal catalana y protegido por el gobernador civil, acaba con su vida de un disparo.

Seguí, entre otras cosas, fue uno de los impulsores de la Solidaridad Obrera y secretario de la CNT en Catalunya. Gran orador - los cronistas de la época así lo recuerdan - era un firme defensor de la educación de los obreros como modo de emancipación. La formación intelectual, tal y como sostenía su admirado Ferrer i Guàrdia en la Escuela Moderna, era el arma que el trabajador tenía para protegerse contra todo tipo de explotación.

Al asesinato de Seguí le precedió, tres años antes, el del abogado Francesc Layret, justamente cuando intentaba conseguir la libertad de éste y de Lluís Companys. Son, sin duda, tiempos turbulentos que acabaran con la instauración, el 13 de septiembre de 1923, de la dictadura de Primo de Rivera.

Escuela de rebeldía es una novela corta que narra la vida de Juan Antonio Pérez Maldonado, un emigrante andaluz que llega a Barcelona y comienza a frecuentar locales como La Bombilla, La Buena Sombra y el Pay-Pay. Será, sin embargo, en el café Español donde se impregnará del ambiente de la época y de los ideales de un hombre nuevo. El protagonista sostiene: “el presente es la consecuencia del pasado, y en él hay que engendrar el porvenir lanzando a la tierra buena semilla”.



Persistía el antagonismo entre anarquistas y sindicalistas como Seguí, a quien los primeros le reprochaban, profiriendo hasta amenazas de muerte, no encaminar a los sindicatos por la senda de la revolución, mientras unos elementos incontrolados optaban por el atentado individual contra los patronos, táctica desaprobada por Seguí. Éste se mantenía favorable a la conciliación mixta (otoño 1919), si bien la mayoría de la Federación Patronal había acordado oponerse a cualquier pacto, recurriendo al despido colectivo y al contraterroismo con el fin de destruir la Confederación Revolucionaria de Trabajadores, (CRT).

En enero de 1920 Seguí fue blanco de un intento de asesinato, cuyo origen —patronal o anarquista— no quedó esclarecido. A pesar de las advertencias de Seguí y Pestaña contra una réplica terrorista al acoso patronal, policíaco y militar (enero de 1920), los sindicalistas no consiguieron evitar la oleada de atentados, ni el ascendente creciente —incluso económico— de los anarquistas más radicales sobre los sindicatos, ni tampoco la aparición de los Sindicatos Libres, cuyos militantes también empezaron a caer bajo las balas y a cometer represalias. El número de víctimas de los atentados sociales, que había sido en la provincia de Barcelona de treinta y seis en 1916 y treinta y dos en 1917, ascendió a doscientos noventa y dos en 1920.

En septiembre de 1920 Seguí se trasladó a Madrid con otros dirigentes de la CNT para firmar un nuevo y efímero pacto de alianza con la UGT, que también suscitó la crítica del sector anarquista más intransigente.

Dos meses después, el gobernador civil, general Martínez Anido, pasaba a la ofensiva, deteniendo decenas de dirigentes sindicalistas, entre ellos a Salvador Seguí, que volvía de una intensa gira de propaganda por Levante y Andalucía, adonde había ido para respaldar una huelga de los mineros de Río Tinto. Desde la cárcel, éste respaldó el proyecto de candidatura socialista, sindicalista e izquierda republicana catalanista, ideado por Layret. Proyecto frustrado por el asesinato de este abogado y la deportación de Seguí y otros dirigentes a una fortaleza de la isla de Mahón, donde él quedó recluido hasta la primavera de 1922.

En el entretanto la CRT permaneció prácticamente paralizada, y acorralada la CNT por causa de la represión, mientras continuaba el sangriento ciclo de las represalias y se aplicaba la Ley de Fugas (trescientas once víctimas en 1921, sesenta y una en 1922 y ciento diecisiete en 1923 en la provincia). Desde Mahón Seguí reiteró que “la misión de los anarquistas está en los Sindicatos para velar por la vida de éstos y orientarlos. No desamparando la acción sindical, más influencia, ejercerán; más libertarias serán las organizaciones; antes precipitarán el advenimiento de la nueva sociedad. Los anarquistas deben hacer práctica de la concepción anarquista dentro de los Sindicatos”.



El peso del sindicalismo, y la influencia del anarquismo, era evidente en aquella Barcelona. El texto de Seguí es interesantísimo, no sólo por su carácter profético, sino para comprender las relaciones entre los agentes que representan los diferentes intereses. Leemos, por ejemplo, cómo el “líder del partido catalanista, hombre ambicioso y positivista, quiso ver si era posible aprovechar aquella fuerza para el desarrollo de sus planes”. Pero el narrador nos saca de dudas enseguida: “si los trabajadores hacían una revolución no sería en un sentido nacionalista”. Y es que, siempre según la voz que hilvana el relato, todo lo que se hiciera para acabar con la organización proletaria “sería aprobado por los políticos catalanes, que contaban con el apoyo de la burguesía”.

La breve novela explica, pues, la evolución de Juan Antonio, su proceso de aprendizaje, su paso por la cárcel, las relaciones con su compañero Antonio Luna, o la compleja historia de amor con María Rosa, pasando por la organización de una huelga general hasta el trágico final a manos de los pistoleros. Es, por lo tanto, la descripción de un hombre maltratado que pasa a ser “hombre de acción”.



Es de igual importancia un fragmento en el que el protagonista redacta una suerte de manifiesto expresando su “convicción de que los trabajadores no conseguirían nada sin apelar a la violencia”. Salvador Seguí, crítico con cualquier forma de exceso en este sentido (se opuso en público a las acciones más exaltadas de otros miembros de la CNT), parece que quiere hacer aquí una denuncia, una radiografía, de la deriva que tomaron algunos anarquistas. Hacía poco más de diez años de las barbaridades perpetradas durante la *Semana Trágica*.

Pero más adelante, Juan Antonio Pérez Maldonado insiste: “es preciso educar bien a los hombres cuando empiezan a vivir: si nos apoderamos de las escuelas, nos apoderamos enseguida de la sociedad”. El personaje es descrito como “un romántico”, esa clase de hombres que “pasan con frecuencia del mayor decaimiento a una actividad frenética”. El obrero se ha convertido, en pocos años, en un brillante tertuliano, en un disertador que mezcla hábilmente excitación y lucidez. La vida, nos dirá, “es una lucha constante”. “Es preciso que la gente luche, porque el que no lucha no vive: el agua encharcada se corrompe”, argumenta Juan Antonio, que a estas alturas es visto como un auténtico referente.

El tiro mortal le alcanzará en la calle Riereta. Pero, como en una dramática serendipia, poco antes le avisa a su compañero: “si quieres verme, ya sabes que estoy en la calle de la Cadena o la de San Rafael”. Justo en la intersección entre ambas, en el Raval, es donde fue alcanzado Salvador Seguí. La novela estaba, ya, a punto de imprimirse.

1 *Escuela de rebeldía (Historia de un sindicalista)* en “La novela de Hoy” Sucesores Rivadeneira, 1923, fue efectivamente publicada el día 30 de marzo de 1923, veinte días después de su asesinato a manos de unos pistoleros pagados por la patronal catalana y con el beneplácito y amparo del siniestro gobernador de Barcelona, general Severiano Martínez Anido, quien poco tiempo atrás ya había sido la mano negra que mandó torturar y fusilar a sindicalistas y anarquistas detenidos y encerrados en Montjuïc□

